



‘Unidad sin uniformidad’

Cómo un sacerdote polaco-lituano se convirtió en en una de las voces más importantes de los hispanos católicos

Por Tom Kendra | Fotografías by Rob Schumaker

Hace veinte años, la escuela del Santo Nombre de Jesús de Wyoming estaba al borde de la desaparición. Con una matrícula de 70 alumnos desde preescolar hasta octavo grado, el cierre parecía inminente. Entonces, el padre Stephen Dudek, párroco de la

iglesia contigua, miró a su congregación, que estaba cambiando. Algo hizo clic.

"Fue entonces cuando el padre Stephen intervino y dijo: 'Esperen un momento'", recuerda Rosa Fraga, directora del Santo Nombre de Jesús en aquel entonces.

"Reconoció que había niños, pero que estaban en la misa en español. Ahí empezó el trabajo para crear una escuela que los acogiera". Soñaba con convertirla en una escuela católica accesible para los niños latinos del vecindario.

La escuela se enfrentó a numerosos obstáculos, oposiciones y desafíos en el camino hacia su apertura, pero ahora se erige como una fuente de orgullo para la comunidad latina, con más de 200 estudiantes de seis diferentes parroquias. La escuela es quizás el legado más visible y permanente del trabajo de toda la vida del padre Stephen para dar voz a los grupos marginalizados dentro de la Iglesia Católica, en particular a los latinos. "Los latinos celebran su fe católica con un sentido de celebración y alegría que es realmente inspirador", dice el padre Stephen, que se jubiló como párroco del Santo Nombre de Jesús y administrador canónico de San Juan Diego el 31 de julio. "Muchos de ellos son pobres, pero son ricos en fe".

El padre Stephen, de 66 años, será recordado no sólo por su liderazgo en el Santo Nombre de Jesús, sino por su increíble capacidad para unir a personas de diferentes culturas. Es un experto nacionalmente conocido en parroquias compartidas -donde dos o más lenguas y culturas se expresan dentro de una comunidad-, exponiendo en conferencias y asesorando al Comité de Diversidad Cultural en la Iglesia de los obispos estadounidenses.

Además de su ministerio parroquial, ha dirigido viajes de misión y "misión inversa" a las numerosas comunidades indígenas de Oaxaca (México) durante los últimos 40 años. En lugar de minimizar o restar importancia a las diferencias de las personas, su enfoque ha consistido en reconocer, destacar y celebrar esas cualidades, para que esos grupos pudieran experimentar y aprender unos de otros. Como él dice: "Unidad sin uniformidad".

Nieto de inmigrantes

La pasión del padre Stephen por trabajar con los católicos hispanos tiene sus raíces en su crianza en Grand Rapids, como nieto de inmigrantes polacos y lituanos muy devotos de su fe y de las tradiciones antiguas del país. Uno de sus primeros trabajos en la escuela secundaria fue trabajar en los campos de arándanos a lo largo de Lake Michigan Drive. "Ese fue uno de mis primeros encuentros reales con gente de habla hispana", recuerda. "Hablaban un idioma diferente, lo que me pareció muy interesante, pero admiraba lo duro que trabajaban todos".

Continuó su inmersión en la cultura hispana durante su estancia en el seminario, cuando enseñaba inglés como segunda lengua. Durante sus veranos en casa, aprovechó su mejora del español y su comprensión cultural para atender a los que vivían en los campos de inmigrantes del oeste de Michigan. En aquella época, la mayoría de los seminaristas diocesanos estudiaban en St. John's en Plymouth, pero el obispo Joseph Breitenbeck le animó a ir a una universidad jesuita en Ciudad de México. El padre Stephen completó su licenciatura en teología, totalmente en español.

‘Una voz para todas las personas’

Aquellos cuatro años en México " encendieron el mundo para mí", explica el padre Stephen. Después de su ordenación en 1984, honrar las diferentes culturas dentro de la Iglesia Católica se convertiría en el sello de su ministerio. Después de un año en el Holy Spirit, en el lado oeste de Grand Rapids, sirvió como párroco en entornos étnicamente diversos, incluyendo dos períodos diferentes en San Francisco de Sales en Holland, cuatro años en San Jean Baptiste en Muskegon y los últimos 18 años en el Santo Nombre de Jesús en Wyoming.

Además, ha servido como director asociado de la pastoral hispana y continúa en su rol de director diocesano de misiones, título que ostenta desde 2009. "El padre Stephen estuvo activo en las parroquias de habla hispana desde muy joven, cuando apenas estudiaba para ser sacerdote", dice Rosa Fraga, la primera directora de la Academia San Juan Diego. "Eso le dio un profundo conocimiento y aprecio de esos grupos culturales. Así que cuando estuvo en condiciones de ayudarlos, se convirtió en un líder y en una voz para toda esa gente."

Uno de los días más difíciles de su ministerio ocurrió cuando era párroco de San Francisco de Sales en Holland, el 12 de diciembre de 1995, que coincidió con la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe. Unos trabajadores que estaban derritiendo hielo en el exterior de la iglesia provocaron un incendio, que rápidamente se convirtió en un gran fuego que consumió toda la estructura. Sin embargo, a pesar de la devastación y las pérdidas, ocurrieron varias cosas maravillosas, dijo el padre Stephen. En primer lugar, San Francisco se vio obligado a celebrar sus servicios en iglesias protestantes cercanas e incluso en edificios del Hope College durante los dos años siguientes, lo que resultó ser una bendición. " Holland es un lugar donde los protestantes y los católicos no siempre se han llevado muy bien", explica Richard Ray, un viejo amigo y profesor del Hope College. "Adorar en esas otras iglesias trajo un espíritu de unión, y él era la persona perfecta para dirigir San Francisco en ese momento".

En segundo lugar, la iglesia se reconstruyó de forma que honrara las tres culturas distintas de la congregación: inglés, español y vietnamita. "Ayudar a reconstruir y crear la nueva iglesia en Holland, como una verdadera parroquia compartida, fue realmente un momento maravilloso en mi ministerio", recuerda el padre Stephen.

Mientras estaba en San Francisco, el padre Stephen viajaba una vez a la semana a Chicago para trabajar en su doctorado en ministerio intercultural. Escribió su tesis sobre las parroquias compartidas, utilizando San Francisco como caso de estudio.

‘Una nueva etapa de la vida’

Durante la mayor parte de sus años como sacerdote, cuando el padre Stephen no estaba trabajando para que todas las culturas se sintieran bienvenidas y apreciadas en la Iglesia católica, a menudo estaba fuera haciendo senderismo o viajando con mochila por todo el mundo. Ha recorrido las 500 millas del Camino de Santiago y una vez atravesó México como excursionista. Sin embargo, esas aventuras al aire libre son cosa del pasado, ya que el padre Stephen se ocupa de su enfermedad de Charcot-Marie-Tooth, una forma hereditaria de neuropatía que afecta a los nervios de sus piernas. Pero, como es típico, ve el lado positivo de la situación. "Mi salud me ha obligado a bajar un poco el ritmo, pero estoy entrando en una nueva fase de la vida", dice.

Esa fase implica seguir siendo el director de misiones de la diócesis, además de presentar en conferencias el tema de la pastoral intercultural, concretamente los beneficios de las parroquias compartidas. Le anima el creciente número de sacerdotes hispanos. Cuando se ordenó en 1984, sólo había unas pocas iglesias en la diócesis que ofrecían misa en español. Ahora hay 13. "Estoy muy orgulloso de que, como diócesis, hayamos abrazado a la comunidad hispana y su importancia", dice el padre Stephen, señalando que, a veces, ha habido cierta resistencia al cambio. "Nuestro ministerio como Iglesia es la evangelización, no la americanización. Hay una generación de inmigrantes, al igual que mis abuelos, que necesitan un ministerio en su propia lengua."